

FERNANDO VALLS / PRESENTACIÓN O EL ROMPECABEZAS DE LAS ANTOLOGÍAS

Por su proliferación, sobre todo en el caso de la poesía lírica, las antologías parecen haber dejado de desempeñar el papel que en su momento tuvieron sus hermanas mayores, las de Federico de Onís, Gerardo Diego, Francisco Ribes, García Pavón (en el caso del cuento), Leopoldo de Luis, José María Castellet o el duo Joaquim Molas/José María Castellet en la literatura catalana. Hoy nos cuesta mucho considerar que una antología se haya convertido en referencia ineludible en cualquiera de los géneros, pero sobre todo en la lírica. Y a pesar de ello, las antologías siguen teniendo un papel relevante en el sistema literario, y buen ejemplo es el efecto que sobre el canon

 Fernando Quiñones

están produciendo las recopilaciones de poemas o de aforismos de escritoras (*Bajo el signo de Atenea*, 2017, de Manuel Neila, sería un buen ejemplo), reparando una injusticia histórica, pero también exagerando a veces el interés, su valor literario. Aun así, tres recientes recopilaciones de textos han venido a desmentir la afirmación inicial, convirtiéndose de inmediato en referencias inexcusables: *El ensayo español del siglo XX* (2009), compuesta por Domingo Ródenas de Moya y Jordi Gracia, y *Pensar por lo breve. Aforística española de entre siglos. Antología. 1980-2012* (2013), de José Ramón González.



alumno, además de para aprobar la asignatura, le ha servido como punto de partida para ampliar sus lecturas de la poesía de Unamuno, Juan Ramón Jiménez o los hermanos Machado. Y en calidad de historiador de la literatura, siempre he sentido una gran curiosidad por conocer cómo y por qué se gestan las antologías, además de cómo son recibidas por los lectores y críticos. Eso sí, prefiero las panorámicas a las programáticas, y siento escaso aprecio por las temáticas, las arbitrarias y las caprichosas, que por desgracia son la mayoría.

* * *

Quisiera llamar la atención sobre dos antólogos atípicos: Fernando Quiñones, en el terreno del cuento, por las antologías que publicó en Madrid para *Selecciones del Reader's Digest*, durante los años sesenta del pasado siglo, y Carlos Clementson, autor, entre otras muchas, de *Esta*

luz de Sinera. Antología general de la poesía catalana (2011), en edición bilingüe. Y respecto a las antologías, además de las ya citadas en los párrafos anteriores, repito que me decantaría por las históricas y a la vez subjetivas, pues cubren un periodo de la historia literaria y muestran el gusto personal del responsable, sin olvidar en la selección de las piezas lo esperable y lo menos conocido pero valioso. Añadiría, también, en el género del microrrelato las



 Carlos Clementson

* * *

Cuando yo solo había escrito un ¿aforismo?, un experto en la materia me preguntó, vaya usted a saber por qué, si cultivaba el género. Le dije que iba a mandarle uno solo, sin más detalles, a ver si le gustaba. Dice así: *De haber ensifado, Buñuel se hubiera metido una flía de hormigas...* Debí de parecerle bien porque apareció en una breve antología de aforismos bellamente ilustrados. Ni que decir tiene que me sentí tan halagado que seguí escribiendo lo que llamo *aporismos*, cuyo grifo se abre y se cierra a capricho, por épocas, aunque ni he vuelto a publicar ninguno más, ni Dios lo permita, que diría Lola Flores... Creo que con un aforista o *aporista* en casa es más que suficiente.

* * *

Como lector, las antologías para mí han resultado ser fundamentales, pues me han servido como acicate para leer a autores que no conocía, aunque también para descartar a otros, a veces de forma apresurada, según he podido comprobar después. Como profesor han sido siempre una herramienta de trabajo utilísima. Llevo años utilizando en mis clases la *Antología de la poesía modernista española* de Almudena del Olmo y Francisco Díaz de Castro, y me consta que a más de un

de David Lagmanovich (*La otra mirada. Antología del microrrelato hispánico*, 2005) e Irene Andrés-Suárez (*Antología del microrrelato español. 1906-2011. El cuarto género narrativo*, 2012); en poesía la que Juan García Hortelano dedicó a *El grupo poético de los años 50*, que supuso para mí la puerta de entrada a la lectura de esos poetas; y en el caso del cuento las de José María Merino (*Cien años de cuentos. 1898-1998. Antología del cuento español en castellano*, 1998) y las dos recientes dedicadas al cuento español de las últimas décadas, al cuidado de Andrés Neuman. Decía que las antologías son algunas veces, pocas, piezas esenciales del sistema literario, pero con cierta frecuencia parecen hechas de prisa y corriendo, sin ganas, ni apenas conocimiento de la materia, como meras ocurrencias del antólogo o del editor. En suma, no es que estén mal hechas, es que son perniciosas para el ecosistema literario, sobre todo si el prólogo resulta inocuo y la elección de las piezas está hecha con escaso criterio estético e histórico.

* * *

Con las lecturas necesarias es posible hacer una antología basada en la lengua, en cualquiera de los géneros. Quizás el mejor ejemplo reciente sea la ya citada de Lagmanovich dedicada al microrrelato hispánico,

Oscar Seco (Madrid, 1964), vive y trabaja en Madrid. Licenciado en Bellas Artes por la Universidad Complutense ha participado en numerosas exposiciones individuales y colectivas desde el año 1984. Su trabajo bebe de las vanguardias artísticas del siglo pasado, el arte político, la literatura, el cine o el diseño gráfico. Su obra se encuentra en distintas colecciones, así como en la Fundación La Caixa o el Museo Nacional Reina Sofía. www.oscarseco.com

ÍNSULA 863
NOVIEMBRE 2018

2

FE DE ERRATAS: En la página 54 del número 859-860, donde se indica «Gabriel Calderón» debería decir «Guillermo Calderón».

sin distinción entre los países de habla española, desde el Modernismo hasta el presente.

* * *

Que las antologías lleven un prólogo es imprescindible para el recopilador, porque pone en orden sus ideas y criterios, haciéndolos públicos, y —sobre todo— para los lectores, a fin de saber con quién *nos la habemos*, que diría el auténtico profesor Rico, y a qué debemos atenernos.

F. V.—UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

P. S. No sé si esta *Presentación*, como una respuesta más a la encuesta que ustedes encontrarán en el monográfico, es una manera válida de iniciarlo, pero quizá sí sea una forma posible de transitar por caminos algo menos trillados, en una modalidad que tiende a la repetición, mecanismo que yo mismo he cultivado ya en demasiadas ocasiones. En algún momento, pero dentro de un plazo razonable, este número debería contar con una segunda parte en la que se les prestara atención a la literatura gallega y vasca, así como a las antologías que generó el exilio republicano español y la literatura hispanoamericana en el terreno de la poesía, el microrrelato, el aforismo y el ensayo.

F. VALLS /
PRESENTACIÓN
O EL
ROMPECABEZAS...

JOSÉ FRANCISCO RUIZ CASANOVA / TÚ, QUE LOS POETAS CANONIZASTE: LA ANTOLOGÍA Y SUS LECTORES

Diez años después de la publicación de la *Poesía española* de Gerardo Diego, que debe considerarse como la primera antología poética moderna española, Guillermo de Torre daba en el centro de su particular diana crítica cuando escribía esto:

¿Vivimos —literariamente— un tiempo de antologías? Sin duda posee otros rasgos de mayor relieve, pero la abundancia actual de florilegios autoriza también esa presunción. No menos de una docena de antologías poéticas han aparecido —entre nosotros y en los demás países de América— durante los últimos meses. Con mayor o menor intensidad clamorosa todas ellas han promovido ecos animados y regueros polémicos que muchas obras individuales no logran habitualmente suscitar. El fenómeno, por consiguiente, abre interrogaciones y pide esclarecimientos. Ante todo, ¿qué determina este caudal de especímenes? ¿Acaso responde de modo auténtico a las apetencias y necesidades de los lectores? ¿O han de tenerse más bien por elaboraciones artificiosas, producto de editores avisados o de antólogos que intentan conformar prematuramente el molde de la posteridad? (Torre, 1943: 281).

Poco más cabe añadir sobre las antologías poéticas (o literarias, en general) en menos espacio. Ahí están los elementos principales del *pleito*: la sobrealbundancia de libros, el lector, el editor y el antólogo; y, curiosamente, quedan fuera de mención las obras y los autores seleccionados. Porque una antología es un libro conformado de libros, de nombres, de fragmentos; un libro construido —escrito— para, de un modo u otro, cumplir con una función histórica, filológica, poética o estética: *política*, en definitiva (Ruiz Casanova, 2007). El mismo Cervantes ya lo expresó en sus versos cuando al ir mencionando a los poetas que constituyen su *Viaje del Parnaso* sentía prematuramente los



aguijones de la crítica, de los excluidos y, también a veces, de los incluidos: él utilizó el término *canonizar* del mismo modo que nuestros estudios filológicos (versión *corrección política*) abrazaron o demonizaron a partir de 1994, esto es, a partir de Harold Bloom.

Cuando Francis Otto Matthiessen heredara, a finales de la década de los cuarenta, la responsabilidad de componer el que sería su último libro y su primer libro póstumo, *The Oxford Book of American Verse* (1950), concluía la composición del volumen con la escritura de una «Introducción», fechada un mes antes de su muerte, en la que venía a decir que hay tantas formas de *escribir* (él dice *hacer*) una antología, que es preciso que el antólogo dé explicación de las reglas que ha seguido para la suya en particular. Y, tras semejante aserción, pasaba a dar

cuenta de las seis reglas que él había observado o que podían deducirse de su libro. No interesan ahora las reglas, ni su particular *poética* como antólogo, pues no es más que un compendio personal semejante al que, por ejemplo, cualquier novelista podría declarar si tuviese a bien explicar a sus lectores por qué sus personajes tienen tal o cual nombre, por qué intenta evitar las subordinadas condicionales o el uso reiterado del subjuntivo: es decir, la agenda personal de gustos y disgustos, de creencias y de convicciones, un relato intransferible, comprensible e inimitable. Me interesa aquí, pues, más que la confesión, la voluntad del confeso: el antólogo —como el traductor, tantas veces— es quizás la única especie de escritor al que se le piden explicaciones de su trabajo, justificaciones; el único escritor que se impone a sí mismo la obligación del autoanálisis, de la *autoscopia estética*.

De modo que antes de hablar de la antología (de las antologías, en general) desde una perspectiva teórica, si es que puede haber una *teoría de la antología*, conviene ir en el tiempo más atrás de Bloom, más atrás de Matthiessen, más atrás de Guillermo de Torre (o de Alfonso Reyes, caso de que se hubiera citado), y traer aquí, al recuerdo y a la reivindicación, el librito —todavía sin versión en español— de